

La etapa inicial de la Escuela de Restauración: memoria de unos primeros pasos

Juan Antonio Morán Cabré
Instituto del Patrimonio Cultural de España

No hay memoria, por insignificante que haya sido la persona que la escribió, que no encierre valores sociales y expresivos de importancia.

José Donoso

Cuatro años después de su creación oficial en 1961, los responsables del Instituto Central de Conservación y Restauración de Obras de Arte, Arqueología y Etnología consideraron que el jovencísimo Centro poseía ya los medios materiales y humanos y la madurez necesaria como para poner en marcha su proyecto inicial y más importante en el ámbito de la función docente que preveía el decreto fundacional: la Escuela de Artes Aplicadas a la Conservación y Restauración de Obras de Arte, Arqueología y Etnología.

De esta manera, la recién nacida Escuela abría sus puertas al alumnado en octubre de 1965, en la sede misma del Instituto, el viejo Casón del Buen Retiro de Madrid; un mes antes, en el tablón de anuncios del pequeño vestíbulo de la entrada de la calle de Felipe IV, como embrión de un plan de estudios por desarrollar, y que sería objeto de numerosas reformas en los años venideros, había sido expuesta la tabla de materias de dos diferentes especialidades –Restauración de Pintura y Restauración de Arqueología– correspondientes al primer curso de una carrera de tres, así cómo el profesorado que las había de impartir. Al tratarse de una iniciativa novedosa y mínimamente publicitada, en aquellos primeros momentos no se preveía matriculaciones numerosas; consecuentemente, se debió de considerar innecesario el establecimiento de *numerus clausus* con el que arbitrar cualquier prueba de acceso o examen de ingreso.

Desde el punto de vista del nivel académico, el único requisito exigido para la matriculación era estar en posesión del título de bachiller superior.

Por entonces, yo acababa de terminar mi Licenciatura de Filosofía y Letras, sección Historia. Absorbido aquel curso por las Prácticas de Formación del Profesorado, realizadas en la Cátedra de Don Fernando Jiménez de Gregorio, del Instituto Isabel la Católica, así como por la desgana preparación de unas oposiciones a Institutos de Enseñanza Media, no me enteré de la existencia de la nueva carrera hasta comienzos de abril de 1966. No obstante, bien consciente de que mi formación universitaria adolecía de un desconocimiento casi absoluto de los aspectos concernientes a la realidad material de los objetos artísticos o arqueológicos, me sentí inmediatamente interesado por aquellas inusitadas enseñanzas en que, precisamente, se primaban tales categorías, por lo que me apresuré a solicitar la asistencia, en calidad de oyente, a las clases de la sección de Arqueología durante aquel último trimestre del curso.

Atendida positivamente mi solicitud, tuve la fortuna de establecer el primer contacto con los alumnos y los profesores de aquella primera promoción. Entre los alumnos destacaba un grupo de jovencísimos restauradores de la plantilla del Instituto, incentivados por su dirección a la asistencia de las clases teóricas y de Criterios de Restauración y a la obtención, en su momento, del título oficial; chavales entonces de dieciséis o diecisiete años, que enseguida pasarían a auxiliar a los profesores en las clases prácticas, a convertirse con el tiempo en los profesionales mejor dotados de nuestro país en el campo de la restauración de Arqueología y sus derivaciones y que, después de una brillante y dilatadísima carrera, han llegado hace poco a la edad de la jubilación. Hablo de Antonio del Rey, Francisco Gago y Juan Ruiz¹, a quienes luego se unirían Delfín Salas, Jerónimo García Gallego, Jerónimo Escalera y María Sanz.

Además, se había matriculado en aquel primer curso el recientemente desaparecido arquitecto Ignacio Gárate, quien dieciocho años después accedería a la dirección del Instituto. Recuerdo cómo en unas prácticas de planimetría obtuvimos, formando equipo con él y bajo su magistral dirección, el plano de la planta del gran Salón de Baile del Casón.

1. Triste y prematuramente fallecidos los dos últimos en 2013 y 2021, respectivamente (nota del ed.).

También recuerdo con cariño a otros alumnos notables de la promoción, como María Jesús Gutiérrez, quien más tarde dirigiría el Museo Fierro de León; Gonzalo Muñoz, buen arqueólogo y buen amigo, y el entrañable Pedro de la Villa, muertos ambos en el mejor momento de su quehacer profesional.

La excelencia de las clases teóricas de Prehistoria y Arqueología, impartidas por Manuel Pellicer, y la de las Prácticas de Arqueología que dirigía Vicente Viñas con la colaboración de Roberto Arce, me determinaron, una vez culminados aquellos tres meses como alumno oyente, a matricularme de manera formal en primero de Restauración de Arqueología en septiembre de 1966, pasando así a integrarme en la segunda promoción de la Escuela.

Las clases dieron comienzo, como estaba previsto, a mediados de octubre. Debido a la impresión que me causó, puedo recordar con nitidez la que abrió el curso, correspondiente a la asignatura de Química, impartida por José María Cabrera, quien gustaba de explicar distendidamente en su despacho, anejo a los Laboratorios, en la planta baja del Casón. El pequeño recinto, capaz, no obstante, de acoger sin apuros a los ocho o diez alumnos que asistíamos regularmente a clase, estaba presidido por un retrato de Paul Coremans, verdadero padre espiritual del Instituto; pero el auténtico protagonismo iconográfico era ostentado allí por una bellísima pintura sobre tabla que reposaba en su caballete ante nosotros: la Virgen de la Mosca, de la Colegiata de Toro.

José María comenzó manifestando encontrarse en el doloroso trance de tener que despedirse de aquella obra, con la que había convivido estrechamente durante algún tiempo de trabajo apasionante y apasionado, pues su tratamiento en el Instituto se daba ya por concluido. Y como homenaje a aquel ejemplar insigne de la pintura flamenca del primer tercio del siglo XVI, cuyo estudio y restauración había constituido uno de los proyectos más brillantes de la primera etapa del Centro, nos explicó su problemática por extenso, mencionando aspectos fundamentales de su estructura física, de los componentes químicos de sus materiales constitutivos, capaces de proporcionar pistas en torno a su génesis y a su historia; expuso también con entusiasmo la significación de los secretos desvelados por los análisis radiográficos a que había

sido sometida, de manera que, al terminar su charla, tuve el convencimiento de no haberme equivocado matriculándome en la Escuela: por fin empezaban a desentrañarse para mí los misterios de la materia, del percedero soporte al que el artista había confiado la imposible misión de la pervivencia de su inmortal inspiración

La estrategia docente seguida por los profesores de la primera Escuela de Artes Aplicadas a la Conservación, que al mismo tiempo eran los técnicos del Instituto, no podía sino estar estrechamente vinculada a su trabajo cotidiano. De boca del mismo Cabrera fuimos más tarde informados de sus investigaciones en torno al azul maya, de los problemas planteados por las pátinas inestables del bronce en el caso de las cabezas de Azaila, o de los relativos a la conservación de la piedra presentes en la catedral de Cádiz o en el pórtico de Ripoll.

Las clases prácticas de Restauración eran impartidas por Vicente Viñas y Roberto Arce, auxiliados por Juan Ruiz, en la misma sede del taller de Arqueología del Instituto, que había sido habilitada en la gran sala longitudinal norte de la primera planta del Casón. Parece que estoy viendo aquel magnífico local, en el que mis compañeros y yo consumiríamos tantas horas de estimulante aprendizaje, brillantemente iluminado por la luz natural que dejaban pasar las inmensas ventanas de que estaba dotado, con sus hermosas mesas de trabajo de madera, provistas de un buen número de tornos de dentista, y la gran pila adosada en el muro septentrional, en un rincón de la cual reinaba el fascinante tanque de *Dioxidín*, compuesto que entonces era utilizado para reducir químicamente el óxido en los objetos de hierro.

Del conjunto de técnicas allí enseñadas, y peor o mejor aprendidas, considero útil sacar del olvido las relativas a la reprografía en el campo de los objetos arqueológicos, en la que los técnicos del Instituto habían alcanzado un nivel de perfección considerable por medio de la utilización, entonces pionera, de la silicona de dentista, que permitía la obtención de moldes flexibles. Esta especialidad se debió, en gran medida, a un proyecto muy personal del fundador del Instituto, Gratiniano Nieto Gallo, siguiendo muy de cerca la iniciativa de su profesor –y luego padre político– Cayetano Mergelina Luna quien, en 1937, había montado en el Museo Arqueológico Nacional un taller especial de vaciado para la reproducción sistemática de las más interesantes obras de arte almacenadas

en el Museo y procedentes de la Junta de Incautación. También con un riguroso criterio selectivo, Nieto hizo reproducir las piezas arqueológicas de mayor entidad cultural o estética entre las que se trataron en el Centro durante aquellos primeros años de su actividad. Recuerdo especialmente –porque nos hicieron trabajar con alguno de ellos en las clases prácticas– un grupo de moldes de ejemplares cerámicos significativos en la Arqueología peninsular, muchos de ellos obtenidos con ocasión de la «Exposición de Cerámica Española desde la Prehistoria a nuestros días», comisariada por D. Jacinto Alcántara, y que el propio Instituto había organizado en el gran Salón de Baile del Casón durante los meses de marzo y abril de 1966.

En realidad, según el proyecto original que Nieto hubiera querido impulsar desde la Dirección General de Bellas Arte, de la que entonces era el titular, la notable colección de reproducciones cerámicas y de armas y esculturas arqueológicas que se llegó a reunir en el Instituto, convenientemente ordenadas para su exhibición en un pequeño local móvil –muy gráficamente denominado *Museobús*–, hubiera debido desarrollar una función docente dirigida al pueblo, similar a la llevada a cabo por la colección de copias de cuadros famosos del Prado, transportadas en el llamado Museo Circulante de las Misiones Pedagógicas entre 1932 y 1936; pero sin que se sepa bien la causa, o tal vez por sus antecedentes ideológicos claramente institucionalistas, es decir, derivados de la Institución Libre de Enseñanza –a la sazón políticamente incorrectos–, el *Museobús*, cuya gestación llegó a estar muy avanzada, nunca inició sus rutas pedagógicas, quedando definitivamente aparcado en el andén del olvido.

Como estrategia de replicar las obras de arte, a fin de que la copia ocupase el lugar del original, cuando las condiciones de conservación pudieran desfavorecer a éste, también se obtuvieron copias de imágenes religiosas de gran formato, pero no por medio de moldes, ni sacando los puntos, sino valiéndose de un gigantesco pantógrafo tridimensional hábilmente manejado por Higinio Otero. La utilización de esta técnica permitió la reproducción en madera, y con gran fidelidad, de ciertas tallas de Gregorio Fernández, al objeto de que pudiesen relevar a las originales que eran procesionadas durante la Semana Santa vallisoletana.

Fue tal la predisposición de reproducir elementos de significación histórica relevante durante la primera etapa de aquel Instituto comandado por Gratiniano Nieto, que incluso se llegaron a efectuar moldes y copias de restos humanos, siendo en este campo la actuación más notable la sufrida por la momia de Don Rodrigo Ximénez de Rada, de la que, tras ser exhumada de su sepulcro en el monasterio de Santa María de Huerta y despojada de su espléndido equipo de pontifical, se obtuvo un molde y réplicas de escayola; esta intervención correspondía a la primera fase de uno de los proyectos más notables del Centro, que culminaría con los magníficos tratamientos de conservación y restauración de los ropajes del ilustre arzobispo guerrero e historiador, llevados a cabo bajo la dirección de Socorro Mantilla de los Ríos, la entrañable Chica, quien por cierto también ejerció su labor docente en la Escuela, impartiéndonos estupendas clases de Física.

Algunas veces, cuando recuerdo aquella época, vuelvo a transitar in mente los itinerarios de la geografía de la Escuela, superpuesta, claro es, a la geografía del Instituto, de modo que la identidad de cada cual era tan solo definida por la diferencia de sus horarios. Ya se ha hablado del laboratorio de Química, situado en la planta baja, y de los talleres de Restauración de Arqueología, en la sala norte de la principal. También en esta planta, al otro costado del Salón de Baile, la sala sur servía por las mañanas de taller de Restauración de Pintura y Escultura del Instituto, y por las tardes de gran aula de prácticas para nuestros compañeros de la sección de Pintura, siendo lo cierto que este hermoso recinto tenía un encanto especial, pues en él se conservaban todavía algunas copias escultóricas que habían pertenecido al antiguo Museo de Reproducciones Artísticas, desmontado de su sede del Casón en 1961; entre otras, estaba la de un sarcófago gótico que se tenía como reproducción del sepulcro de Don Enrique el Doliente. Pues bien, sucedió por aquellas fechas que cierto pintoresco personaje adscrito al Centro, fiel devoto de los caldos mentridanos, después de un almuerzo y una sobremesa regados con particular generosidad, había decidido introducirse en aquel simulacro funerario, considerándolo lecho adecuado, por su íntima tranquilidad, para el disfrute de una siestecita vespertina. Transcurridas las horas y llegada la del crepúsculo, acertó a pasar por allí el vigilante nocturno haciendo su ronda, justo en el momento en que nuestro hombre se incorporaba en la reproducida tumba, emergiendo

lenta y torpemente, debido al embotamiento de la resaca, haciendo así una aparición digna de Vela Lugosi... Parece que el vigilante tuvo que ser atendido en la casa de socorro más cercana.

En la segunda planta se había habilitado el área de Dirección y la Biblioteca. La secretaría era desempeñada con singular eficacia por Loreto Mampaso y Maribel Martín. Por cierto, que con Loreto tuve la fortuna de consolidar una amistad entrañable, fomentada por nuestra común afición a la literatura. Después de muchos años de servicio en las secretarías de Dirección del Instituto y de la Escuela, mi querida amiga se trasladó al Museo Romántico, realizando una magnífica labor en la organización de la extraordinaria biblioteca de aquella Institución.

En torno a la Biblioteca del Instituto, que estuvo a cargo de Consuelo Sáez de la Calzada y Lourdes Pascual, existían dos o tres aulas pequeñas, donde recibíamos las lecciones teóricas de Prehistoria y Arqueología, a cargo de Manuel Pellicer, de Rosario Lucas y de José Sánchez Meseguer; de Museología, a cargo de Consuelo Sanz Pastor, y de Criterios de Restauración, a cargo de Arturo Díaz Martos.

Si no recuerdo mal, en los altos del Casón tenía también su aposento el plató y el laboratorio de Fotografía donde Justo María de la Encarnación nos enseñó los rudimentos teóricos y prácticos de esta técnica, así como la aplicación a la misma de filtros y fuentes de iluminación especiales necesarios en la fotografía aplicada al campo de la Restauración. Justo era un magnífico profesional, lleno de imaginación y de recursos y muy bien dotado para la docencia, por su claridad de ideas y facilidad de expresión.

En el Museo del Pueblo Español, que entonces tenía su sede en el Palacio de Godoy, de la Plaza de la Marina Española y estaba dirigido por Nieves de Hoyos, hija del gran antropólogo Luís de Hoyos Sainz, realizamos unas curiosas prácticas etnográficas durante el invierno y la primavera de 1967. Nieves, excelente conocedora de la indumentaria regional española, nos explicaba los orígenes y características de ciertos trajes especialmente significativos en la colección del Museo, que luego debíamos vestir nosotros, y con los que debíamos posar en las actitudes requeridas y en los escenarios que se considerasen más adecuados, en su mayor parte escogidos en el recinto de la Feria del Campo. Por cierto,

que el fotógrafo que obtenía esta peculiar documentación era ni más ni menos que Fernando Sanz Vega, el realizador y comercializador de la más completa colección de diapositivas existente en Madrid para la docencia de la Historia del Arte.

No sé dónde, pero en algún lugar es posible que se conserven todavía aquellos reportajes, en los que, entre otros, Gonzalo Muñoz vistió con rústica donosura la ropa de huertano murciano, Rosario Pairet, la de valenciana rica, y el que suscribe, la capa de Aliste y un ostentoso traje de charro que le fue regalado a Alfonso XII por la honrada gente de aquella comarca salmantina (imagen 1).

Imagen 1. En la imagen, también vistiendo trajes regionales del Museo del Pueblo Español, Antonio del Rey, Adelaida Martín de la Torre y Ana Lacaze en 1967 (Archivo personal J. A. Morán).



En 1967, Manuel Pellicer hubo de dejar su puesto de director de la sección de Arqueología del Instituto, y de profesor de la Escuela de Restauración, para ocupar, primero, una plaza de Conservador en el Museo Arqueológico Nacional, y después, su cátedra en la Universidad de la Laguna, siendo sustituido por una jovencísima Rosario Lucas, de quien mis compañeros de promoción y yo tuvimos la fortuna de recibir enseñanzas durante los dos cursos finales de la carrera. En mi caso cabe decir que, entre lo más positivo y enriquecedor que me deparó la Escuela, sin duda estuvo el conocimiento y el trato de Charo, que pronto dieron lugar al inmerecido privilegio de su amistad generosa e incondicional; en consecuencia, me gustaría ser capaz de reflejar aquí la hondura de mi sentimiento agradecido a esta maestra entrañable y valiente, fatalmente desaparecida en el momento más fecundo y creativo de su carrera, casi de la mano de Vicente, su esposo.

Pero, por aquel entonces, Charo Lucas y Vicente Viñas formaban un matrimonio enamorado y entusiasta y, en el ámbito de la docencia arqueológica, un tándem formidable: un tanto monta en que teoría y práctica se conjugaban con potencia y brillo parecidos. Como dicho queda, Vicente estaba al frente de las enseñanzas prácticas de Restauración de la Escuela pero, además, tratándose seguramente del mejor dibujante técnico de su generación en el campo arqueológico, nos impartía la asignatura de dibujo, brillantemente auxiliado por su mejor discípulo, Delfín Salas, por desgracia prematuramente desaparecido. En cuanto a Charo, que venía de prestar sus servicios en el Museo Arqueológico Nacional, del que era conservadora auxiliar, poseía, a pesar de su juventud, unos conocimientos teóricos y una formación en Arqueología de Campo singularmente sólidos, tras su participación en varias campañas de la misión española en Nubia. Con tales antecedentes, no resulta extraño que las campañas de esta naturaleza previstas en el cuadro de asignaturas de la carrera para los alumnos de segundo y tercer curso resultasen especialmente importantes para nuestra formación (imagen 2).



En mayo de 1968 participamos, durante diez días, en la primera campaña de prácticas de Arqueología de Campo organizada por la Escuela y dirigida por el matrimonio Viñas. A tal efecto, se había escogido, en una dehesa de Valencia de Alcántara (Cáceres) (imagen 3), una pequeña estructura dolménica previamente excavada por Martín Almagro Basch, de la que, a pesar de todo, y gracias al lento y meticuloso trabajo que nos era impuesto, fue posible extraer una treintena larga de pequeños elementos líticos retocados, participando activamente el alumnado en la obtención de la documentación fotográfica y la planimetría del yacimiento.

Imagen 2. Visita a Coca en viaje de prácticas en 1968: María Sanz, Charo Lucas, Vicente Viñas y el autor, con el alcalde de la localidad (Archivo personal J. A. Morán).

Aunque, como he dicho, se realizaba una labor metódica y rigurosa, la juventud de alumnos y profesores garantizaba un ambiente distendido y alegre, que hoy me lleva a recordar con nostalgia aquellos lejanos y luminosos días de mayo en la dehesa extremeña. Al buen humor reinante contribuía, en no poca medida, la presencia de Ruth, Dafne y Saúl, los pequeños que Charo y Vicente habían traído al mundo hasta el momento, pues los Viñas habían tenido el buen acuerdo de engrosar la nómina de la excavación con la incorporación de su prole. Mientras las niñas se entretenían asombradas viendo escarbar afanosamente a tanta gente mayor, de la que hubiera cabido esperar más sentido común, el zagal pendía en su cestón, colgado de una encina, en prevención del voraz apetito de los marranetes ibéricos de bellota, que trotaban a nuestro entorno, hozando en busca de su sustento.

En tan idílico contexto se produciría cierto hallazgo estelar que me concierne, y del que dejaré puntual constancia en esta crónica, ya que no mereció ser reflejado en la memoria de las excavaciones: estaba yo escobillando un pequeño rodero, en el que la tierra aparecía más suelta que la de su entorno –precisamente después de reintegrarme al trabajo, que había abandonado un instante para aliviar mi vejiga–, cuando comenzó a perfilarse cierto objeto grisáceo y rectangular, sin duda producto de la actividad humana. Manejando la brocha con impaciencia poco profesional, dejé de inmediato la pieza al descubierto, y pude contemplar con deleite lo que parecía un hermoso ejemplar de ídolo placa de pizarra, con decoración incisa y rellena de pasta blanca. Obtenida, entre los parabienes de la concurrencia, la inexcusable documentación fotográfica del objeto *in situ*, recibí autorización para levantarlo y poder observar su reverso, donde en capitales latinas se mostraba con nitidez la siguiente inscripción: ¡VOTA SÍ EN EL REFERENDUM!...

Imagínese mi consternación y la general rechifla mientras leía en voz alta tan reaccionaria admonición, machaconamente repetida el año anterior por la propaganda franquista y ahora impresa en el precioso documento arqueológico que yo creí haber rescatado de las entrañas de la cultura dolménica, y en realidad producto de la endiablada habilidad alcanzada en la reprografía de pequeñas piezas arqueológicas por ciertos sujetos de mi promoción.

En el otoño siguiente, durante el último curso de la carrera, fue organizada, con la infraestructura del Instituto, la excavación sistemática de la estación arqueológica de Santa Lucía, en el pueblo segoviano de Aguilafuente, frente a la dirección técnica de cuyos trabajos de campo y de las prácticas de los alumnos de la Escuela estuvieron Charo y Vicente entre 1968 y 1972. El yacimiento, de extensión superficial considerable, contenía una villa agrícola tardorromana del siglo IV, sobre la que se superponía una necrópolis visigoda del VI, y se preveía, como así fue, que la fase inicial de su excavación requiriese un espacio temporal dilatado, lo cual permitiría a nuestros profesores planificar nuestra actividad de modo que fuese posible establecer una alternancia racional entre las permanencias en la sede de la Escuela, cursando las últimas materias teóricas de tercero, y las necesarias estancias en la excavación, para asistir y trabajar en aquellos momentos que sus directores considerasen de especial importancia para nuestra formación.

Por espacio de tres periodos quincenales permanecí en las prácticas del yacimiento de Santa Lucía —a poco de iniciados los trabajos sobre el *oecus* de la villa y durante la excavación de la necrópolis—, recibiendo, sin duda, enseñanzas del más alto nivel entre las que por entonces se impartían en nuestro País sobre planimetría y técnicas de excavación, incluyendo el aprendizaje de toma de planos cinematográficos complementando a la fotografía en la documentación de hallazgos y extracciones importantes (imagen 3) , así como especialidades específicas de nuestra carrera, como la conservación de estructuras y materiales *in situ*, que no era posible aprender en ninguna otra parte.

Pero, por encima de todas aquellas lecciones, de las que, lamentablemente tuve pocas ocasiones de sacar provecho en mi vida profesional, dirigida hacia otros rumbos, ha quedado suspendido el recuerdo de un atardecer primaveral, cuando ya la luz comenzaba a declinar y Charo se reclinaba dulcemente sobre la sepultura en que estaba trabajando: una minúscula fosa que acogía el esqueleto de un visigodito, que seguramente no habría llegado a celebrar su segundo cumpleaños. Nuestra inolvidable profesora acariciaba con el pincel la fragilidad de aquellos huesecillos tan menudos, liberándolos de su áspera cobertura de tierra mientras, suave y bajo, les decía no sé qué palabras, pues la distancia no me permitía entender, pero que, por el tono, que sí llegaba a percibir,



Imagen 3. Broma en un momento de ocio durante las excavaciones en Valencia de Alcántara: Delfín Salas, Antonio del Rey, María Sanz, Juan Ruiz y Ángel Luis Llaveró (Archivo personal J. A. Morán).

se me antojó debieron asemejarse a muchas de las pronunciadas catorce siglos antes por la madre de la criatura. Entonces, por un momento, y por el sortilegio de una labor científica trasfigurada por la humanidad y la compasión, aquella párvula tumba se convirtió en cuna.

En junio de 1969, la segunda promoción de la Escuela concluyó su tercer y último curso, pero nuestra carrera, como la de nuestros compañeros de la primera, no se podía dar aún por finalizada, pues reajustes en el plan de estudios inicial habían introducido finalmente el examen de ingreso, que desde entonces ha venido siendo preceptivo. Por consiguiente, para homologar nuestros estudios con los exigidos por el plan nuevo, deberíamos superar ciertas pruebas teórico-prácticas que serían convocadas a finales de enero de 1970.

Pero, entretanto, cambios de gran calado se habían producido en el entorno del Instituto y de su Escuela. En 1968 cesó Gratiniano Nieto en la Dirección General de Bellas Artes, pasando a ocupar la dirección del Instituto, mientras que el nuevo Director General, Florentino Pérez

Embidi, iniciaba una política de manifiesta hostilidad hacia el Centro, que en el otoño de 1969 debió comenzar su larga travesía en el desierto, con el forzoso y forzado traslado a una improvisada sede, en los locales del Museo de América. Allí fue donde, entre el 26 de enero y el 2 de febrero de 1970, los alumnos de las dos primeras promociones seríamos sometidos a las últimas pruebas de nuestra carrera: el conjunto de exámenes de la famosa Reválida, que nos habilitaría, por fin, como los primeros restauradores de Arqueología titulados del Estado español².

Imagen 4. El autor, aprendiendo a manejar la cámara de cine con Vicente Viñas en Santa Lucía de Aguilafuente, 1968-69 (Archivo personal J. A. Morán).



Y con ello se consuma también la etapa de la que nos hemos propuesto tratar aquí desde nuestros recuerdos. Los primeros pasos de la Escuela de Artes Aplicadas a la Restauración, la Escuela del Casón, la Escuela más estrechamente vinculada al Instituto quedan dados y, por cierto, que no han sido ni cortos ni vacilantes. Con sus aciertos y sus deficiencias, este Centro nacido de la doble inspiración de Roma y de Bruselas, ha sido capaz de introducir con dignidad unas enseñanzas nuevas en el País y de formar hasta esos momentos dos promociones de las que saldrá cierto número de profesionales cuyos servicios en la conservación de nuestro Patrimonio Artístico serán ciertamente de un valor inestimable.

Madrid, mayo de 2011

2. Los títulos serían solemnemente entregados a los integrantes de ambas promociones en la Biblioteca del Museo de América el 27 de febrero de 1971.

Juan Antonio Morán Cabré es Licenciado en Filosofía y Letras, Sección Historia, por la Universidad Complutense de Madrid, en 1965, y graduado en Artes Aplicadas a la Conservación y la Restauración de Bienes Culturales, especialidad de Arqueología, en 1966-69, perteneciendo a la 2ª promoción de la Escuela. Ha sido profesor de Arqueología en la Universidad Autónoma de Madrid, de 1969 a 1973, y Documentalista de obras de Arte en el Instituto del Patrimonio Cultural de España, desde 1973 hasta su jubilación, en 2006. Ha centrado su investigación y sus publicaciones en el principal tema de su especialización, la Arqueología céltica de la Edad del Hierro en la Meseta.

